

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

Y 30 rs. ftes.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

PEANCO DE PUERTO.



LA REDACCION
y Administracion

RICAL, NUM. 811

A DONDE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES FTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

CORRESPONDENCIA DE LOS INFIERNOS.

CONCLUYE LA CARTA DE F. CAMILO A E. CASTELAR.

Muy activos, muy resueltos, muy entusiastas, muy tribunos, muy propagandistas, muy hombres de todo, menos de gobierno, habeis mostrado ser los demócratas de nuevo cuño, querido semi-tocayo, y á eso se debe, ¡voto á Júpiter Capitolino! el fabuloso excre..... dispensa la equivocacion, el fabuloso incremento que en estos últimos tiempos ha tomado la idea que tú pregonas. ¿Qué no habeis hecho para llegar al fin por vosotros apetecido?

Unos habeis dicho: «Nadie tiene derecho á lo superfluo, mientras haya quien carezca de lo necesario.» Principio socialista, ó por mejor decir, anti-social, puesto que ataca la propiedad, que es el mas sólido de los fundamentos sociales. (1)

Otros habeis dicho: «El trabajo vale mas que el capital» principio tambien anti-social, del cual deducis que los obreros tienen derecho á todo y los propietarios y fabricantes á nada, y he ahí el origen de esas huelgas que tanto perjudican á la produccion en casi toda Europa. ¿Por qué no habeis de establecer bajo el pie de una perfecta igualdad las consideraciones que recíprocamente deben guardarse el capital y el trabajo?

No ha faltado quien crea que ha llegado el momento de volver patas arriba la que está patas abajo; esto es, de dar á los pobres lo que tienen los ricos, principio incalificable, con el cual no destruiríais la desigualdad de

(1) El Moro cree que los que gozan de lo superfluo deben socorrer á los que carecen de lo necesario; pero, de eso á lo que dicen los socialistas media un abismo, pues lo que los tales socialistas pretenden es el despojo de los ricos en beneficio de los vagos.

fortunas que siempre ha existido y existirá en el mundo, pues lo mas que podríais conseguir sería la inícuca permuta de la propiedad de los unos por la miseria de los otros.

Son, pues, doctrinas muy á propósito esas, querido semi-tocayo, para hacer prosélitos, entre los plebeyos que quieren convertirse en patricios; pero ¿podreis fiaros mucho de esos prosélitos que solo acuden á vuestra bandera por las gollerías que piensan alcanzar á su sombra? ¡Voto á Júpiter Capitolino, querido semi-tocayo, que no sé cómo no suelto una de esas interjecciones castellanas que tan á menudo se me ocurren mientras te estoy escribiendo!

Me dirás que tú no eres socialista, y que muchos de tus camaradas tampoco lo son; pero en tal caso preguntaré yo: ¿por qué, pues, los que teneis buenas ideas no os divorciáis de los trastornadores? ¿No veis que, haciendo causa común con estos, asustáis al mundo, y os enajenais, por lo tanto, el afecto de los que pudieran ayudar eficazmente al planteamiento de vuestro sistema, mientras solo ganais la voluble adhesion de los que piden al gobierno republicano irrealizables gollerías?

Pero voy mas allá, mi querido semi-tocayo, y digo que hasta los que dichosamente os habeis librado de la lepra del socialismo, estais empleando medios de propaganda que os acreditan de todo, menos de hombres de gobierno.

¿Qué vais á ganar, si no, mi querido semi-tocayo, con eso de asegurar que en una nacion como la española podríais rebajar á seis cientos millones de reales el presupuesto de gastos? ¿Qué conseguireis con ofrecer la abo-

licion de la pena de muerte para toda clase de delitos? ¿Qué resultado tendrá la promesa de rechazar en absoluto los estados excepcionales?

Yo no diré que no se pueden hacer grandes economías, perfeccionando el orden administrativo; pero ¿concebis gobierno alguno que pueda vivir en España, ni aun con doble del presupuesto seductor de que constantemente habla tu digno compañero el ciudadano Orense?

Yo no quiero que imiteis al terrible Dracón; pero, como dice muy bien Alfonso Karr, ¿es posible abolir la pena de muerte, mientras los asesinos no empiecen por abolirla ellos?

Yo no soy partidario de la arbitrariedad; pero, ¿dejaré de comprender que hay circunstancias extraordinarias que hacen indispensable la temporal dictadura? ¿Cómo no he de comprenderlo, si yo mismo fui dictador varias veces, y otras tantas se debió á eso la salvacion de Roma?

Voy, pues, á deciros, querido semi-tocayo, lo que conseguis tú y tus amigos, los republicanos no socialistas, con las indicadas predicaciones. Conseguis engrosar vuestro partido con los que creen que el día que haya república no habrá que pagar contribuciones, ó poco menos; con los criminales que aspiran casi á la impunidad y con los ilusos para quienes la sociedad será siempre lo que en vuestra lengua se llama una balsa de aceite. Pero, francamente, querido semi-tocayo, como no es posible gobernar sin dinero; como podríais veros en la situacion del famoso Robespierre, quien, despues de haber pedido la abolicion de la pena de muerte, hizo de la guillo-

tina el uso que todos sabemos, y como en ocasiones dadas es imposible confiar á la ley comun la salvacion de la sociedad, resulta que, tan pronto como vosotros mandaseis y os mostraseis inconsecuentes con vuestras doctrinas, ya sacando próximamente tantas contribuciones como los monárquicos, ya castigando con la última pena á los que lo mereciesen, ya echando mano á la dictadura para manteneros en el poder, lo que sucedería, querido semi-tocayo, sería que los que se han unido á vosotros por la *gollera* del libertinaje, de la impunidad en los delitos y del gobierno grátiis que habeis ofrecido, desertarian á bandadas de vuestras filas, y serian los primeros á arrojaros del mando con cajas destempladas.

Es, por lo tanto, un error que vale por mil el que cometéis al ofrecer lo que nadie puede cumplir, con lo que habeis logrado realmente hacer gran número de prosélitos, de los cuales no me fiaria yo, sabiendo que para toda empresa valen mas pocos buenos que muchos malos.

Pero el error craso, el error garrafal, el error imponderable que habeis cometido, mi querido semi-tocayo, es el de llevar tan lejos el principio de la fraternidad, que muchos de los modernos republicanos, tomando el rábano por las hojas, miran como hermanos suyos á los enemigos de la patria, y se hacen traidores á esta, ó lo que es lo mismo, se apartan de sus verdaderos hermanos, para fraternizar con los que no quieren ser ni aun parientes suyos, y..... ¡voto á Júpiter Capitolino! Esto me trae á la punta de la lengua muchas de las interjecciones consabidas, al ver, querido semi-tocayo, la indiferencia con que lo mirais tú y otros camaradas tuyos, que me habian parecido hombres formales.

¿Qué es eso, querido semi-tocayo? ¿No es el amor á la patria lo primero que ha de distinguir á los ciudadanos de todos los partidos? ¿No es la traicion lo que mas horror debe inspirarles? ¡Bonito negocio habria hecho yo, si, cuando los galos atacaban á Roma, hubiera fraternizado con ellos, diciendo que todos éramos hermanos! ¡Voto á Júpiter Capitolino! ¡Hermanos míos los que destruian las ciudades de mi patria y asesinaban y deshonoraban á mis compatriotas! Ni semejantes quise ver en ellos, y procuré exterminarlos y reedificar lo que ellos habian destruido, ganando así el dictado de «Segundo fundador de Roma» conque mis compatriotas me favorecieron.

En cuanto á la traicion, querido semi-tocayo, la miré siempre con tan invencible repugnancia, que no quise admitirla, ni aun cuando hubiera podido sacar partido de ella en favor de mi patria. Y si no, recuerda, tú que explicas Historia, el hecho del maestro de escuela de los faliscos. Ya sabes que, habiendo yo sitiado su capital, un hombre infame, á quien mis contrarios habian confiado la educacion de sus hijos, se me presentó con todos los muchachos de su escuela, y ¿qué hice yo con aquel malvado? Mandé que fuese despojado de sus vestidos y que volviese á la ciudad

sitiada, apaleado por los mismos chicos que habia ido á entregarme villanamente. Es decir, hice lo que hubiera hecho todo hombre dotado de nobles sentimientos, y lo que pocos años mas tarde imitaron gloriosamente mis paisanos los cónsules Cayo Fabricio y Quinto Emilio, cuando el infame Cinias, médico de Pirro, les ofreció envenenar á este si se le daba buena recompensa. «Poner fin á la guerra con una traicion, dijeron los citados cónsules, lo miramos como un atentado horrible, y jamás emplearemos para esto mas medios que los que el honor y la probidad prescriben.»

Pensando yo así, mi querido semi-tocayo, ¿cómo no he de estar escandalizado, al ver que hay españoles que, por blasonar de republicanos, hacen traicion á la patria, poniéndose al servicio de los renegados de las provincias ultramarinas? ¿Y cómo no he de tener por el mayor de los errores el que tú y los hombres sensatos de tu comunión habeis cometido, en el hecho de no protestar contra la conducta de tales republicanos? ¿Teneis grande interés en que el nombre de republicano se haga sinónimo de mal patriota, despues de haber probado en vuestros programas que no hay entre vosotros ningun hombre de gobierno? Así lo parece, y..... ¡voto á Júpiter Capitolino! Aunque por miedo al que dirán, no suelto ninguna de las interjecciones que tu sabes, figúrate que las he soltado todas, y aquí termino mi carta, porque estoy persuadido de que hablar mas sería predicar en desierto. Tu semi-tocayo,

CAMILO.

IVIVA LA MODESTIA!

Cuando, años atrás, los ingleses y los franceses se disponian á romper lanzas con los chinos, sus respectivos embajadores trataron de celebrar una conferencia con el gobernador de Canton, el cual accedió á los deseos de los representantes de Francia é Inglaterra, si bien propuso que la entrevista tuviese lugar en algun buque, por la razon sencilla de que á él no le era posible permitir la entrada en la ciudad á ningun bárbaro.

La salida del mandarin de Canton nos cargó mucho á todos los individuos de la raza caucásica, que, por los progresos morales, intelectuales y materiales que hemos alcanzado, creíamos haber llegado ya, no solo á pasar por civilizados, sino á conquistar el derecho de tener por bárbaros á los chinos y á los demás pueblos que no fuesen de nuestra raza. Hicimos, pues, todos los caucásicos causa comun con los franceses y con los ingleses, considerándonos justamente ofendidos por las palabras groseras que un mandarin celestial habia dirigido á dos embajadores europeos, y dijimos á coro: «¡Quién habló, que la casa honró!» con lo que quisimos decir al mandarin de Canton: el bárbaro será V., pues nosotros hace ya tiempo que entramos en el camino de la cultura, y tanta luz estamos difundiendo en el mundo, que se necesita ser chino para no verla.

Un poco nos contrarió, francamente, la conducta que mas tarde observaron los

franceses en Pekin, incendiando, sin necesidad, un palacio imperial, y destruyendo, segun noticias, numerosas maravillas de arte que en él se habian acumulado durante algunos siglos; porque, preciso es confesarlo, fué una solemne barbaridad lo que en Pekin hicieron los invasores, tanto que con ella quedó casi justificado el insulto del mandarin consabido. Pero, en fin, aquello se fué dando al olvido, como se han olvidado ya las proezas de Pelissier en Argelia, entre las cuales se cuenta la de haber hecho una vez morir asfixiadas mas de dos mil personas, de ambos sexos y todas edades, que vivian en un vasto subterráneo, y tuvimos el consuelo de seguir creyendo que la raza caucásica era la única que habia que soltado el pelo de la dehesa.

Nos equivocamos, lectores. No era toda la susodicha raza la que habia conseguido llegar á la verdadera civilizacion, sino una muy mínima parte de ella. Varios escritores franceses, concediéndonos algo aún, á los que no éramos paisanos suyos, dieron en afirmar que la Francia estaba á la cabeza de la civilizacion; lo que ya era un poco cargante para el resto de los europeos, que tenian derecho á no considerarse rezagados; pero, en fin, mas ó menos cerca del cráneo ó de la cola, italianos, españoles, portugueses, ingleses, belgas, holandeses, rusos, suecos, dinamarqueses, alemanes, &c., todos formaban parte del cuerpo civilizado, segun los referidos escritores, y aunque nadie se conformó con el lugar que se le asignaba, tampoco hubo protestas.

¿Sí? dijeron los escritores franceses aludidos; pues el que calla otorga, y poco á poco se han dedicado á demostrar, como tres y dos son catorce, que el único país civilizado del mundo es la Francia.

Seguia callando el pacientísimo cordero, esto es, el mundo civilizado, y llegó el dia en que algunos de los referidos escritores descubrieron lo que deberia ponernos tan furiosos como sin duda lo estuvo el héroe de La flor de la Canela, cuando quiso darse un mordisco en la frente, pues acaba de averiguarse, lectores, que la civilizacion, hoy amenazada de muerte, no existe en ninguna parte de la tierra, ni aun de la misma Francia, mas que en Paris, y si no, que lo diga Luis Blanc, nuevo Lazarillo de la Pata de Cabra, que vá volviéndose pata de gallo.

«La civilizacion se vé prisionera en Paris. El rey de Prusia es el Atila del siglo XIX,» ha dicho Luis Blanc en una carta dirigida al pueblo inglés y publicada en varios periódicos.

Por de contado, cuando Atila invadió las tierras de Roma y de las Galias á la cabeza de un poderoso ejército, fué sin motivo justificado, pues ni Meroveo, rey de los francos, ni San Leon, pontífice romano, se habian metido con él, mientras que el rey Guillermo se ha visto obligado á aceptar la guerra que le declaró Francia, guerra impía, segun los mismos que la declararon, los cuales la tendrian por guerra santa, si en vez de estar hoy los parisienses sitiados por el rey de Prusia, fuesen los berlineses los que estuviesen sitiados por Napoleon III.

Pero, dejando á un lado los motes que Luis Blanc pone al rey Guillermo, y que no sancionará la historia, pregunto yo: ¿Qué habrá dicho el pueblo inglés al verse tratado de bárbaro, no cuando le van con amenazas, como las que los embajadores de Inglaterra y Francia hicieron al varias veces mencionado mandarin de Canton, sino cuando se piensa en solicitar sus simpatías?

Pregunto esto, porque, si la civilización está prisionera en París, lo que se deduce del suceso es que fuera de París no hay civilización, y el pueblo inglés, á quien indirectamente califica de bárbaro Luis Blanc, tendría motivos para contestar sarcásticamente: «Gracias por el agasajo.»

Por lo visto, no quieren acabar de conocer los escritores franceses cuánto están hiriendo la susceptibilidad de todos los países, con sus arranques de amor propio nacional. Eso de decir todos los días: «los soldados franceses son los primeros del mundo» tiene ya quemada la sangre á muchos pueblos, á cuyos soldados sobran fundados motivos para creer que no son inferiores á los franceses. Eso de asegurar que la patria del duque de Angulema y del mariscal Bazaine es la encargada de dar la libertad al género humano, va rayando en fastidiosa muletilla. Eso, en fin, de tener el país de los Bonapartes el monopolio de la civilización, no hay quien lo trague, ni en píldoras. Porque, seremos justos: creemos que los soldados franceses, á pesar de sus últimas derrotas, son excelentes soldados; pero no superiores á los vencedores de Pavia, de San Quintín y de Bailen, ni á los de Waterloo y de Sedan; creemos que Francia ha hecho algunos progresos políticos; pero que no por eso debe presumir seriamente que ha enseñado las prácticas constitucionales á los españoles ni á los ingleses; creemos que Francia ha tenido sabios que distan de valer más que Newton y que Galileo, escritores que no oscurecen, ni con mucho, los nombres de Cervantes, Shakespeare y Schiller, pintores que se guardarán de querer eclipsar las glorias de Rafael, Velázquez, Murillo y Van-Dick, &c., y de esto deducimos que son muchas las naciones europeas que tienen derecho á creerse tan dignas representantes de la civilización como Francia. ¿A qué, pues, ese empeño de Luis Blanc, y de otros paisanos suyos, de continuar mortificando á todo el mundo con jactancias hoy contraproducentes?

Bien que... Luis Blanc tiene su muletilla, y de seguro no podrá renunciar á ella. Por eso, hasta cuando trata de adquirir las simpatías de los ingleses, dice que la civilización está prisionera en París, y añade que la causa de los franceses es la causa del mundo entero; de donde se infiere que si París sucumbe..... puede acabarse el mundo.

No, una muletilla tan educada como la que tienen los escritores franceses no puede abandonarse nunca. Tan persistente la juzgo yo, que creo que si hoy le dijese á Luis Blanc los demás pueblos de Europa: «Corriente, vamos á intervenir en favor de la paz; vamos á echar á los prusianos de Francia; pero

has de convenir en que hay en otras partes tanta civilización como en tu país, y soldados tan valientes como tus paisanos.» Contestaría él diciendo: «No quiero el favor á tanta costa. Húndase mi país, si no hay otro remedio; pero, aun después de verme hundido, quiero gozar la satisfacción de seguir exclamando: ¡París era la única ciudad civilizada de Europa, y pereció, á pesar de estar defendida por los primeros soldados del mundo!»

A lo cual no hay nada que agregar, como no sea el siguiente grito que yo estoy dispuesto á dar cuando sea necesario: ¡Viva la modestia!

AMURATES.

UNA CORONA POÉTICA.

Con gusto ha leído EL MORO MUZA el bello *album* que varios señores marinos han dedicado á la Excm. Sra. D^a Manuela Matheu de Malcampo, Marquesa de San Rafael, y aunque el gusto no acostumbra á discutir, porque tampoco suele razonar, no halla reparo el Moro en decir por qué ha leído con gusto ese *album* ó esa Corona Poética.

Ha leído EL MORO con gusto el libro que lleva este último nombre, porque es homenaje dignamente tributado á una señora que lo merece y porque corresponde en las flores de su contenido al noble pensamiento que le ha inspirado.

Que la ilustre y bella Sra. de Malcampo es acreedora al homenaje referido, lo saben cuantos tienen la dicha de conocer sus caritativas obras, y que ha de abundar en delicadas flores el ramillete poético de que se trata, basta para adivinarlo leer esta linda dedicatoria: «Dignaos, señora, aceptar con vuestra acostumbrada bondad esta Corona, que os ofrecemos, sin más pretensiones que expresar nuestro afecto profundo y respetuoso, y simbolizar en ella la que os forman vuestras virtudes.»

Bien quisiera EL MORO dar una idea de muchas de las notables composiciones que forman la Corona Poética, pero el tiempo y el espacio de que puede disponer le impiden la realización de su buen deseo, y así habrá de limitarse á hacer ligera mención de algunas solamente.

Digna de particular atención es la oda del Sr. D. Rafael de Aragón, en que se leen estas magníficas estancias:

Mecíanse arrogantes
En las del puerto transparentes olas,
Con torvo aspecto y formas elegantes,
Las belicosas naves españolas:
Sus flancos horadados,
De cañones mortíferos armados.
Valientes infanzones
En las guerrerras naves se albergaban,
Nacidos de una raza de leones,
Que con potentes brazos sustentaban,
Flotando sin mancilla
El lábaro sagrado de Castilla.

Recomendable es también por sus conceptos y entonación la breve poesía del Sr. D. Antonio M. Jurado, en que dicho señor, después de lamentarse en muy galana forma de no poseer el estro de Quintana, dice, suponiendo que poseyera don tan precioso:

De Almendares al Ebro resonara
De mí laud el cántico sonoro;
Vuestra virtud y mérito ensalzara,
Y una corona de topacio y oro
En vuestra ebúrnea frente colocara.

Facilidad y sentimiento ha demostrado el Sr. D. Rafael Medina en el romance con que el libro empieza, y, en fin, buenos rasgos hay en otras varias composiciones con que nuestros bravos marinos demuestran las buenas relaciones que, desde tiempo inmemorial, han mantenido en nuestra patria las armas y las letras. Quisiera, por lo tanto el Moro copiar muchas de las poesías de la Corona; pero no permitiéndoselo la multitud de asuntos de que necesita ocuparse, trasladará aquí la del amigo Muñoz-García que, á la par que por su moralidad, está recomendada por sus galas de elocución poética y por la escrupulosa observancia de las reglas del arte que en todas sus producciones muestra nuestro mencionado amigo. Dice así:

LA PROVIDENCIA.

Á LA EXCM. SRA. DOÑA MANUELA MATHEU DE MALCAMPO
MARQUESA DE SAN RAFAEL.

En noche de tinieblas vagaba el alma mía,
Buscando de los cielos la refulgente luz,
La luz que en mis ensueños espléndida veía,
La luz que dió á los hombres el mártir de la Cruz.
Pero las sombras densas, do quiera que mis ojos
Ansiosos se tornaban, ese fulgor por ver,
Mataban mi esperanza, doblaban mis enojos.
Llenaban de amargura mi dolorido ser.

«¡La vida es el desierto!» clamaba el desencanto
Que mi angustiado seno rasgaba sin piedad:
No busques otra cosa que indiferencia al llanto
Con que el abrojo riega la triste humanidad.
No busques otra cosa que el bárbaro egoísmo:
El sol de tus ensueños no puede ya lucir;
Envuelto está en las nubes del ciego escepticismo:
¡La vida es el desierto y un tósigo el vivir!

Do quiera que tu planta, tras goces terrenales
De los que al alma llegan, dirijas con afán,
Advertirás que pisa candentes arenales,
Por donde al negro abismo los que las buellan van.
En ellos no pretendas que con sus linfas puras
Tu sed mitigue el agua de celestial sabor;
Ni flores ver aguardes, tendiendo en las llanuras
De los jardines santos el embriagante olor.

Arena, y siempre arena, se ofrecerá á tu paso;
Arena, y siempre arena, se clavará en tu pie;
Y cuando, ya sin fuerzas, arribes á tu ocaso,
Tal vez habrás perdido del corazón la fé.....

¡No, desencanto mío! Modera tus temores,
Refrena el fuerte impulso que á mi tristeza das:
Aun nacen en la tierra bellísimas las flores,
Regadas por las aguas tras que sedientos vas.

En medio á las arenas, en medio á los abrojos,
Que rasgan despiadados del peregrino el pie,
Magnífico un oasis ofrécese á sus ojos,
Para que guarde pura del corazón la fé.

La Caridad sublime le alambra con su rayo,
Contéplale florido, contempla su verdor;
De él llena los pensiles, con sus tesoros, Mayo,
De él viven esas linfas que templan el calor.

En él tiene su trono la Santa Providencia,
En él las almas buenas se agitan sin cesar:
De él parte lo que busco, brillante refulgencia,
La luz del Sol que oculto te finge tu pesar.

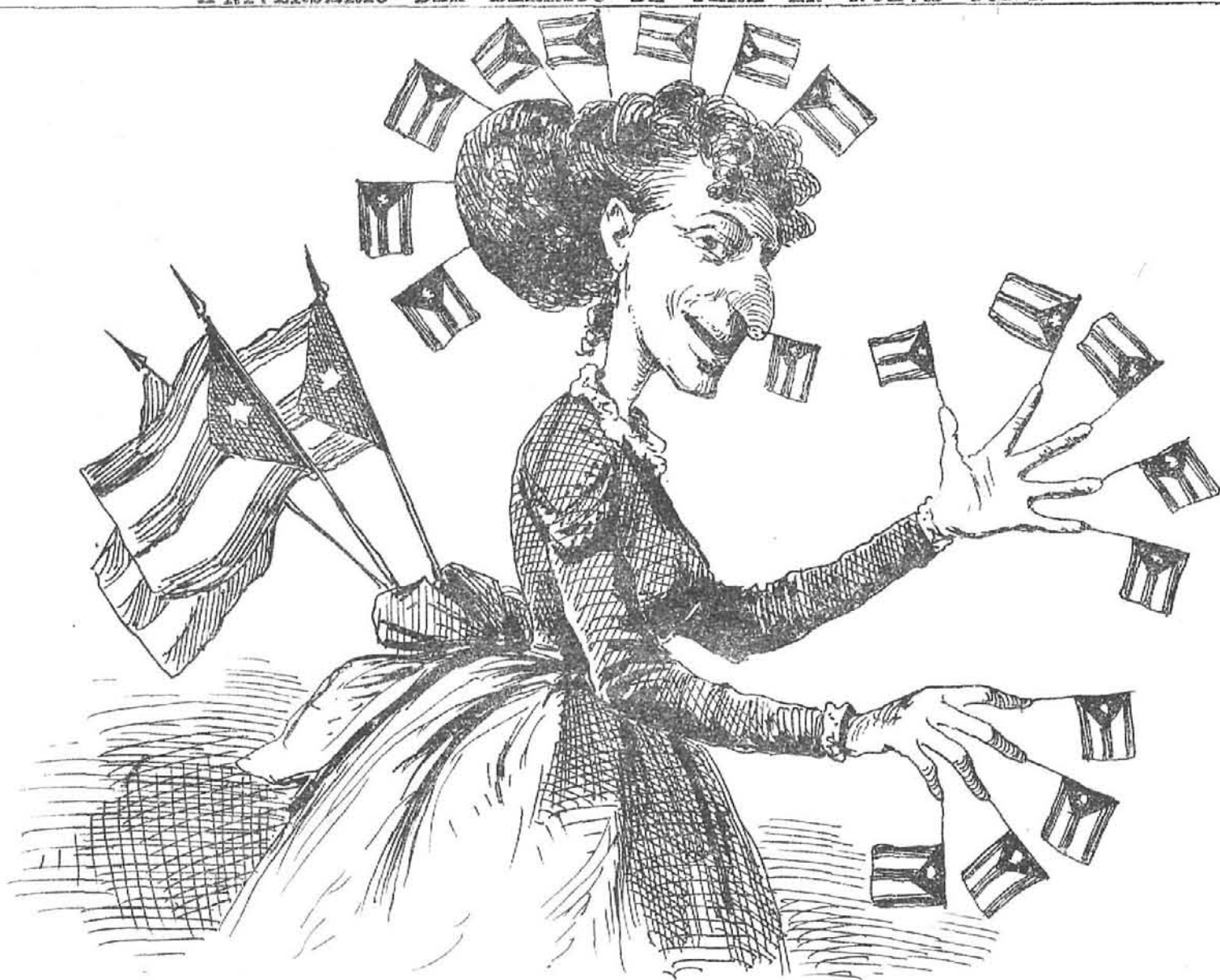
Bendita una y mil veces la Mano Poderosa
Que el bien sobre los hombres derrama desde allí.
Y mas si para hacerlo permite que una hermosa
Esparza en el desierto su aliento de aleli.

JOSÉ MUÑOZ Y GARCÍA.

Pocas palabras para concluir. ¿Creen los que equivocadamente ven el génio en el desorden, que perjudican en algo á esta poesía la corrección de su lenguaje y la uniformidad de los acentos, tan necesaria en los versos cantables, á cuya clase pertenecen los alejandrinos? Lo que debe creerse es que basta una composición como la del amigo Muñoz y García para recomendar una Corona Poética.

EL MORO MUZA.

A NIVERSARIO DEL BERRIDO DE YARA EN NUEVA YORK.



Vista de la fachada de Doña Emilia en el día de la fiesta.



EL GRAN GARIBALDI.

Todos los cojos
Van á Santa Ana

Yo tambien voy
Con mi pata Galana.



—Pero, dígame V. Sr. Orensé, en lugar de reclutar gente para defender á Francia, no sería mejor que la enviara V. á Cuba á defender á los españoles sus hermanos?
—Es que yo no soy español sino republicano.

CUALIDADES Y DEFECTOS.

I.

Mis amadas lectoras,—pues yo no me atrevo á hablar á los hombres acerca de mis opiniones:—mis amadas lectoras:—¿no habeis notado alguna vez que hay personas insufribles en el trato íntimo, y á las que, sin embargo, la sociedad aclama como modelos de todas las virtudes?

Para que entendais lo que os pregunto, os voy á citar un ejemplo.

Conozco yo una madre y una hija en continua y perfecta disidencia en el interior de su casa, á pesar de juzgarlas *todo el mundo*, como vulgarmente se dice, unidas por el mas tierno afecto.

Así debia ser, y por eso se cree así: la madre es una señora, jóven aun, de un talento mas que regular, de perfecta educacion, de trato dulce y agradable, distinguida y simpática á todos.

La hija es una criatura bella, modesta, afectuosa, de condicion amorosa, blanda y benévola, naturalmente: todos sus hermanos han muerto y ella ha llegado á ser el único amor, y la sola compañía de su madre.

Yo oigo decir en torno suyo:

—¿Qué felices deben ser!

—¿Cuánto se aman!

—¿Esa jóven, no se casará jamás, por no separarse de su madre!

—¿Si esa madre perdiera á su hija, se moriría!

De todas estas opiniones solo la última encierra acaso una verdad: es posible que si esta madre perdiese á su hija sucumbiese al dolor de haberla perdido.

Y sin embargo, es imposible imaginarse una vida mas amarga que la que llevan estas dos pobres mujeres, que no pueden sufrirse la una á la otra.

¿No os parece esto horrible, lectoras mías, sobre todo, cuando sucede entre madre é hija?

Pues aun es mas horrible cuando la extrema y continua diversidad de opiniones tiene lugar en el matrimonio.

¿Y la tiene tantas veces! tantas..... que causa espanto el saberlo y aun el adivinarlo.

No obstante, repítolo que dije al empezar, casi siempre estas personas, insufribles para la vida íntima, pasan por modelos de virtud y de moralidad entre las gentes que las tratan poco.

Demostrada la llaga, veamos si podemos adivinar lo que la ocasiona, y cuál es el remedio que la conviene.

II.

En mi pobre opinion de mujer, creo que para la vida interior, ó de familia, es mucho mejor tener un solo vicio que muchos defectos.

En primer lugar, un vicio puede curarse: una fuerte sacudida moral, una desgracia originada por ese mismo vicio, suelen ser el cauterio de la llaga: pero de los defectos nadie se cura jamás, pues casi siempre los creemos cualidades relevantes.

Refiriéndome de nuevo á la madre y á

la hija de quienes ya he hablado, puedo asegurar que las dos tienen la culpa del mal-estar en que viven y del completo y triste desacuerdo á que han llegado.

La madre quiere que su hija sea perfecta.

La hija quiere, á su vez, que su madre sea una madre modelo.

Cayendo en la mania comun, llama la madre á sus exigencias de perfeccion, amor: y la hija las llama tiranía.

Ambas carecen de la mas amable de las cualidades: de la que es el copito de algodón en rama, dulce, suave y blando, que iguala todas las sinuosidades del carácter y todos los lados salientes de las situaciones: carecen de benevolencia, han llegado á no entenderse, que es la mayor de las desgracias en la intimidad de la familia.

Esos dos pobres seres viven juntos ¡y está cada uno de ellos solo! ¡eternamente solo!

¡Dios mio! ¿qué sacrificio puede parecer penoso, si precave el llegar á tan horrible estado! y, ¿qué es un poco de tolerancia, comparada con las ventajas y la paz que trae consigo?

¡Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza! ¡adorables virtudes que el cielo ha señalado como *cardinales* y primeras! ¡Vosotros sois las cuatro fuertes columnas en las que descansa todo el edificio de la paz doméstica! ¡vosotras dais la dicha y la paz al hogar, la calma á la conciencia y la tranquilidad al alma!

La prudencia calla y tolera los defectos ajenos, pensando en los propios.

La justicia mide las circunstancias atenuantes de lo que dá impulso á las acciones que á primera vista parecen culpables.

La fortaleza perdona las injurias, despues de soportarlas con valor.

La templanza contiene los movimientos descompuestos de la ira, y derrama un bálsamo esquisito en el alma herida.

¡Oh santas virtudes! ¡Sed siempre las santas compañeras de mi débil sexo! ¡Sed siempre los ángeles guardadores de la mujer!

III.

No sé qué deplorable flaqueza nos impele siempre á ver en cada uno de nuestros defectos una cualidad.

Las personas muy mezquinas, se creen *económicas* y *arregladas*.

Las dominantes se juzgan llenas de *abnegacion* hácia las otras.

Las oficiosas *serviciales*.

Las aduladoras, *amables* y *cariñosas*.

Las despilfarradoras y manirotas, *generosas*.

Las maldicientes, *listas*, contoneándose muy huecas con esta idea:

—«El que me la pegue á mí.....!»

He visto á un hombre muy cobarde y villanamente insultado, que, preguntado por un hermano suyo, que por qué no pedia satisfaccion de aquella ofensa, contestó:

—Yo soy un hombre *prudente* que me debo á mis hijos: estos me necesitan.

—¿Mas necesitan el honor que tú les quitas con tu cobardía! exclamó irritado su hermano.

Así cegados los ojos de nuestra razon, en vez de combatir nuestros defectos, como á enemigos, los acariciamos y cuidamos como á cualidades relevantes que nos ensalzan.

IV.

El motivo, el grande y triste motivo de que algunas personas muy elogiadas por todos y muy dignas de serlo, sean insuportables para la vida íntima, es la poca atencion que ponemos en estudiarnos cada uno, evitando todo lo que puede molestar á los demas: es la falta de cuidado en corregir los defectos del carácter, esos defectos que hacen la vida mas amarga que un vicio por arraigado que esté: el ansia de perfeccion ajena, que es lo que se llama *intolerancia*, el descuido de la propia, el egoismo, la murmuracion, la costumbre de exagerar y aun de mentir, el hálito de impacientarse por poca cosa, todo esto constituye un conjunto insuportable y que convierte en víctimas á los que viven en derredor nuestro.

Nada hay comparable á la dicha de la paz y de la alegría domésticas: el que se halla mal en su hogar, en vano será que vaya á buscar fuera la felicidad; no puede hallarla: por eso quiero que todos nuestros esfuerzos, lectoras mías, tiendan á conservarla, y empleemos todas las delicadezas y todas las ternuras que nos son propias para que reinen en el seno de la familia la dulce concordia, la grata avenencia, la hermosa unidad de las voluntades y de los corazones.

M. DEL P. SINÚES DE MARCO.

A TAL PRINCIPIO TAL FIN.

Es de noche. En un cuarto piso de una casa, ó sea allí en las regiones aéreas, hay dos puertas, la una enfrente de la otra. Estas dos puertas, están colocadas en una especie de salita donde termina la escalera de la casa, si es que se sube, ó donde empieza, si es que se baja; y frente por frente de esta escalera hay una ventana que dá sobre un pequeño tejado.

Hemos dicho que es de noche; ahora añadiremos que un rayo de luna, entrando por la ventana del tejado, inunda con su luz parte de la salita que hay al principio ó al fin de la escalera, segun por donde se tome. Un gato, colocado entre la ventana y la puerta de la izquierda, lanza al aire maullidos lastimeros, capaces de conmover á un guardacanton. Sin duda llama al objeto de su amor, para que lo saque de la situación lastimosa en que al parecer se encuentra. Una mujer, jóven y bonita, abre con mucho cuidado la puerta de la izquierda, y acercándose de puntillas al gato, le pega un escobazo que le hace dar un *dó* de pecho, del cual ni él mismo comprende el verdadero mérito; y como no hay público que aplauda ni pida su repeticion, el gato adivina la intencion del escobazo y siente en sus costillas toda la extension del mal que le causa. Pega un salto y vá á dar contra la otra puerta que se encuentra cerrada. Hé aquí un gato castigado por su mucho amor, mientras el objeto que se lo inspira estará tal vez durmiendo á pier

na suelta, ó solazándose con un rival afortunado. Pero nó, por detrás de la mujer que dió el escobazo aparece la blanca cabeza de una preciosa gata. Cuando él la vé lanza un suspiro, que vá á acariciar coquetamente sus sedosas mejillas, y ella, al contemplarlo en aquella triste situación, no se puede contener y le sucede lo que á Sanchica, cuando al lado de Teresa Panza, oyó leer la carta de su padre Sancho. El gato continúa sus lamentos y redobla los suspiros, contemplando la carita de la gata que asoma por la puerta, cuando un segundo escobazo, mas fuerte que el primero, le hace comprender que su presencia en aquel lugar es ocasionada á caricias que ponen en peligro sus costillas. Da otro salto contra la puerta, á donde se había refugiado, queriendo entrar por ella: esta se abre, y aparece un hombre que, al ver que el autor de aquellos porrazos es el gato, le arrima un soberano puntapié, que le hace ver todo el sistema planetario y algunas estremitas mas. Al verse así tratado de quien ménos lo esperaba, el gato lanza una mirada y un gruñido al autor del puntapié, un gruñido que parece decir lo que César á Bruto, cuando vió que este lo hería; *Tu quoque*; y no encontrando mas salida que la ventana, se arroja por ella desesperado. ¡Pobre gato! He aquí las consecuencias de buscar cotufas en el golfo, como *Rocinante*. Al ver la gata aquel desenlace dá un maullido lastimero, triste, desgarrador, y se retira á llorar su desgracia en un rincón de la carbonera.

Veamos la escena que ahora sigue, por que promete:

—Señora, ¿por qué ha armado usted tal estropicio? dijo el hombre del puntapié.

—Caballero, todavía no tomé estado, y por lo tanto, no soy señora.

—Pues bien, señorita, ¿por qué ha pegado usted al gato armando tal alboroto?

—Y á usted ¿qué le importa? He pegado al gato porque trataba de alterar la tranquilidad de mi gata.

—¿Y qué, señora.....! digo señorita, ¿tanto respeto merece la gata de usted que no le es permitido á un gato decente hacerle el amor? Porque ha de saber usted que ese gato es mío, y que, siendo mío, es acreedor á toda clase de consideraciones, no solamente por parte de su gata de usted, sino por parte de usted misma.

—Y usted ¿quién es, caballero, para que su gato merezca tantas consideraciones?

—Y usted ¿quién es, señora, para que su gata merezca tantos respetos?

—Yo soy la inquilina de este cuarto, al que me he mudado hace dos días.

—Pues yo soy el inquilino de este otro, al cual me he trasladado hace un año; de manera que somos vecinos de dos días acá. ¿Y sabe usted, vecinita, que ahora que la miro con detenimiento, me temo que me suceda con respecto á usted, lo que le ha sucedido á mi gato con la gata?

—Pues cuente no haga con usted lo mismo que con el gato.

—¿Qué! ¿sería usted capaz de darme un escobazo?

—Vaya, y tres tambien.

—Eso estaría bueno, cuando yo maullara como el gato; pero yo, señora, hago otra cosa cuando me enamoro. ¿Lo quiere usted saber?

—No quiero saber nada; ea, buenas noches, que no tengo ganas de palique.

Y metiéndose en su cuarto, le dió al vecino con la puerta en las narices. El vecino se retira al suyo, lo cierra y empieza á dar paseos precipitados por él, manoteando y lanzando exclamaciones de vez en cuando. No hay duda; aquel hombre está lo mismo que su gato, y si no dá maullidos llamando á la vecina, es por temor de que lo oigan los vecinos. Por fin se acuesta, pensando en el gato, y en la gata, y en la vecina, en la vecina sobre todo. Sueña con ella, la llama á gritos, le entra pesadilla, y dá saltos en la cama, creyendo que la ingrata le ha pegado un escobazo. Por la mañana despierta, y vé al gato acurrucado á los piés de la cama. Parece que salió de la caída sin lesión alguna, si bien con algunas lecciones.

—Ven acá, exclamó aquel hombre en cuanto vió á su gato, ven acá, gato mío, compañero de infortunios; compartamos nuestras penas, confundamos nuestros suspiros. Tú amas; yo tambien amo. Tú á la gata, yo al ama de la gata. Tú has padecido por la una; yo empiezo á padecer por la otra. Tú has llevado un escobazo..... sabe Dios lo que yo llevaré..... El gato parece que lo comprende, y le acaricia y menea la cola, como diciendo; aprende de mí, mira lo que me ha sucedido. Cuidado, no sea el ama mas asustadiza que la gata, y luego saque las uñas como las saca ella.

Que serás un badulaque
Si enamoras á esa ingrata,
Líbrate de que te ataque
Y que si te pesca, suque,
Las uñas como la gata.
Si á ensarte te decides
Anda con tiento, y no olvides
Que, si á mí me dió escolazos,
A tí te dará arañazos,
Cuando menos te desuvides.

Pero, ni por esas. El vecino está enamorado, y no hace caso de los consejos del gato, aun cuando hayan sido dados en verso, que no deja de ser una originalidad como otra cualquiera.

Se viste de prisa y corriendo, y vá á llamar á la puerta de la vecina.

—¿Quién es? preguntan desde dentro.

—Vecina, ya pareció el gato.

—¿Y á mí que me cuenta usted?

—Participeselo usted á su gata, para que esté con tranquilidad.

—Mi gata no se altera tan fácilmente.

—¿Y usted?

—Yo tampoco.

—Ya se conoce. Parece que usted y su gata se complacen en alterar á los demás, mientras ustedes permanecen muy tranquilas.

—¿Qué tal está el día, vecino?

—Malo, vecina; la noche, sobre todo, ha sido muy tempestuosa para mí.

—¿De verás?

—Sí, señora. Y usted ¿qué tal ha pasado la noche, vecina?

—Muy bien, perfectamente.

—Pues yo la he pasado entregado á todos los diablos, ó mejor dicho, entregado á usted.

—¿Cómo á mí, caballero!

—¿Ay, vecina! Si supiera usted qué cosas he soñado, y cuánto he visto! Vamos, es cosa de volverse loco.

Por fin se ablanda la vecina y abre la puerta, á pesar de ser tan temprano. El vecino entra, y le cuenta lo que ha soñado y lo que ha visto en sueños. Debió quedar satisfecho de aquellos cuentos y de aquellos sueños, porque cuando el vecino se marchó, salió acompañándole hasta la puerta y se despidió con amabilidad y coquetería. ¡Ay, pobre vecino! Las visitas continuaron y, por fin, dieron al traste con la cabeza del vecino, que se decidió á casarse, y no es lo peor que se decidiera, sino que lo llevó á cabo. Cuentan que tambien el gato se casó con la gata, siguiendo el ejemplo de su amo; pero no se casaron del mismo modo. Los vecinos se casaron por la iglesia y los gatos por la manigua.

Ha pasado un mes, mes de delicias y delirios para los gatos, mes de idem per idem para los amos. Al finalizar el mes nota el gato que la gata sale con alguna frecuencia al tejado. La espía una noche, y la pesca en amoroso coloquio con un gatazo negro, capaz de asustar al mismo miedo. ¡Si al fin hubiera sido blanco, como ella.....! Se enfurece, como es natural que le suceda á todo marido ultrajado, y pide una satisfaccion al vil seductor que ha sacado á la gata de sus casillas; el otro replica, y se arma una de maullidos y arañazos, de brinco y de encuentros, que el vecino se despierta y, encendiendo una luz, trata de abrir la puerta para llamar al gato; pero nota que está solo cuando de buena fé creía estar acompañado. Lanza una exclamacion como la que lanzaría cualquier prójimo que se hallara en su caso; de lo cual Dios nos libre y nos defienda. Vuelve á apagar la luz, porque oye un ruidito sordo que se le sube á la cabeza, aplica el oído y oye cuchichear. De pronto enciende un fósforo y se dirige á la habitacion donde oye el ruido, y allí vé un cuadro que no hay quien se atreva á describirlo. Un verdadero cuadro vivo. Su mujer vestida con un elegante abandono, conversa á la puerta con un pasante de escribano que vive en el tercer piso; vé á su marido que ha tenido tiempo de encender la vela, y lanza una exclamacion de sorpresa y terror. El se dirige con los puños cerrados sobre el infame que le ataca su propiedad. Los gatos se precipitan al mismo tiempo en la habitacion, hechos un lío los tres. El vecino dá un bofetón al pasante, la mujer pega un silletazo al marido, la gata, como si supiera lo que pasa, le hinca las uñas al marido de su ama, mientras los dos gatos se despedazan uno á otro, y aquel piso de la casa se vuelve un infierno. Empiezan á subir los vecinos, á saber la causa de aquel alboroto. La mujer dice que su marido la ultraja teniendo sospechas in-

fundadas, la gata no dice nada; pero parece que se identifica con su ama y se adhiere á sus ideas; ya se vé, al fin pertenecen al mismo sexo, y es natural que suceda lo que sucede. Por fin el marido recapacita un poco, lanza una mirada de desesperacion á su alrededor, contempla con sonrisa de desprecio á su mujer, y cogiendo el gato debajo del brazo, se precipita fuera de la estancia y baja la escalera diciendo lo que el cura de gavia: ahí queda eso. No ha vuelto á ver á su mujer que dicen que del pasante pasó á otro que luego la pasó á ella por otra.

Vive retirado, y no tiene mas consuelo que el gato, su compañero de infortunios, que de vez en cuando parece decirle: ¿no se lo había dicho? Pero á pesar de todo él hace sus excursiones por los próximos tejados....

Y así dió fin aquel matrimonio, como no podia menos de suceder. Empezó á escobazos y tuvo que concluir de la manera que concluyó.

CIDE HAMETE BENENGELI.

MISCELANEA.

Ya va dando algun fruto la protesta que el Sr. Aráiztegui y otros dignísimos patriotas vascos, residentes en Cuba, hicieron no ha mucho tiempo contra el *Aurora*, periódico que ve la luz en la capital de la noble Guipúzcoa. El *Aurora* se avergüenza de que *El Universal* le cuente entre sus compinches, y de desear es que al rubor siga el arrepentimiento, conduciendo este último al propósito de la enmienda.

¿Llegará á avergonzarse tambien de sus hechos *El Universal*, cuyo nombre solo se justifica ya por el desprecio universal que está mereciendo? Creo que no, francamente.

Porque desde que nació
El que á los patriotas muere,
Y *Universal* se nombró,
Hay quien afirma que vió
Que la vergüenza era verde...
Y al punto se la comió!

Ya hizo Piñeiro otra de las suyas, probando que nadie sabe lo que no aprende, y como en el Colegio del Salvador no se enseñaba la historia de España, mal podía Piñeiro aprender lo que no se enseñaba en el Colegio de que llegó á ser Profesor. Por eso se comprende que diga Piñeiro que el pronunciamiento de Riego alentó al rebelde San Martín, como cuarenta años mas tarde un grito parecido habia de alentar á Céspedes. Siga, siga Piñeiro escribiendo la historia de ese modo, y cuente con que, si así lo hace, como lo hará, porque no puede hacerlo de otro modo,

En historia el mundo entero
Le creará (¡bonita fama!)
Discípulo verdadero,
No de La Luz Caballero,
Sino de Miguel de Aldama.

Pero, lectores, ¿quién ignora que muchos años ántes de que el desgraciado Riego se pronunciasen en las Cabezas de San Juan, figuraba el traidor San Martín como general de los rebeldes de Chile? ¿Quién ignora eso, repito, y hasta reflauta?

El que ignora tales cosas
A la altura en que nos vemos,
Necesita ser muy tonto,
Quiero decir, muy Piñeiro.

Verdad es que el tal San Martín vaciló algun tiempo entre la república y la monarquía; pero no en renegar de la Madre Patria, contra la cual se habia declarado ocho años ántes de que Riego diera el grito que le costó tan caro. Así, pues, decir que el general Prim ha tenido en la logura de Céspedes la parte que tuvo Riego en la traición de San Martín,

Es una barrabasada,
Es una atroz necesidad,
Es barbaridad probada,
Es mas que barbaridad,
Porque es una Piñeirada.

Luego, en la hipoteca, como llama Ibrahim á la hipótesis, de que sin el grito último de Cádiz no se hubiera dado el rebuzno de Yara, lo que niegan cuantos saben que la conjuración de los traidores, largo tiempo urdida estaba como está hoy Bramosio, para dar un estallido, ¿cabria solo al general Prim la responsabilidad del citado grito, segun cupo á Riego la del de Las Cabezas?

Eso, si trastornar á su familia
Quiere, con el error que aquí no cuela,
Cuénteselo Piñeiro á doña Emilia,
Lo que es, casi, contará á su abuela.

Peró, en fin, ya que á Piñeiro le ha dado la manía de meterse á César Cantú, bien podía escribir la historia de la Junta Cubana que segun noticias acaba de disolverse al ver el decreto que el general Grant ha dado contra los que violan las leyes de neutralidad escandalosamente, y no dejaria debacer efecto en esa historia un remate como este:

Llenó el orbe.....de mentiras,
Gastó el capital..... de Aldama;
Quesada la hizo la guerra,
Y ella se la hizo á Quesada,
Surtió al español gobierno
De pólvora y buenas armas,
Apresurando el suplicio
De la gente que embarraba.
Con lo que embeleso y gloria
Fué de gente tan contraria
Como Bramosio (el gordo)
Y doña Emilia (la flaca.)
Reconoció..... no sus yerros,
Sino al Gobierno de Francia,
Con lo que dejó las cosas
De Europa.....segun estaban.
En fin, ya, tan disoluble
Llegó á ser la desdichada,
Que casi puede decirse
Que en disoluta rayaba.
Por eso Grant, que es un hombre
Dotado de cierta magia,
En disolucion completa
La puso con dos palabras.
La emigracion resignose
A morir..... de mala gana,
Y aquí dió fin el sainete;
Perdonad sus muchas faltas.

Otra vez ha creído el pícaro Eolo entrar en la vía de las compensaciones, soplando de mas lo que durante el verano habia soplado de menos. Otro temporal, de cuyos efectos no hay aun abundantes noticias, nos

ha valido la torpeza de ese dios que parece haber confiado á Aguilera la direccion de los vientos, como un dia confió el Solá Factonte la de los briosos caballos de su carroza. Dos temporales en diez dias es demasiado, señor Eolo. ¿Querrá V. dejarnos vivir?

Excusado es decir que el Moro une su voz á la de todos sus colegas, para elogiar la conducta que, con motivo de los últimos temporales, han observado el dignísimo señor Brigadier Burriel y demas autoridades y voluntarios de Matanzas, desafiando al peligro para velar por el orden y socorrer en lo posible á los que corrian algun riesgo; á las personas filantrópicas que se han apresurado á favorecer á los necesitados; al Sr. Administrador General de Correos, Sr. D. Antonio Fernandez Duro, por la energía con que ha trabajado para dar curso á la correspondencia; al Excmo. Sr. Intendente, por la prontitud con que en el último temporal acudió al muelle de la Habana á dictar providencias salvadoras, y en fin, á cuantos, como funcionarios ó como particulares han sabido llenar los deberes que sus cargos ó la humanidad les imponian.

A propósito de deberes, EL MORO no ha abierto suscripción, por considerar las mayores facilidades que, para recoger fondos y publicar su resultado, tienen los periódicos diarios sobre los semanales. Ha mandado sus cien pesos al *Diario de la Marina*, y recomienda á sus favorecedores que quieran contribuir al alivio de grandísimas desgracias, remitan sus donativos á dicho *Diario*, ó á *La Voz de Cuba*.

Tambien recomienda el Moro la funcion extraordinaria que las secciones de Música y Declamacion del Recreo Español darán el sábado 29 de este mes á beneficio de los que el huracan ha hecho desgraciados, y que se compondrá de la pieza en un acto y en verso titulada: *El Olmo y La Val*, varias piezas musicales, la pieza en verso y en un acto tambien que se nombra: *Un Joven Andalúz*, y por último, baile.

En fin, ya que de recomendaciones se trata, no soltaré el Moro la pluma sin recomendar el Diccionario Manual para el uso del Papel Sellado y Timbre, que acaba de publicar el distinguido letrado, Sr. D. Antonio Vazquez Queipo, libro concienzudamente escrito, que se vende en las principales librerías de la Habana, y que es de uso indispensable para toda persona de negocios.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

Al ver que Cero es Aldama
Y Quesada huye al garrote,
La grey mambisa se escama
Muriéndose de CEROTE.

UN SUSCRITOR.